



# PASCUA DEL ENFERMO

Queridos hermanos,

En este domingo, desde la Catedral de Lugo, celebramos juntos la Pascua del enfermo. La resurrección del Señor Jesús es la buena noticia para todos, en cualquier circunstancia en que estemos; porque nos da la certeza de nuestra propia victoria sobre la muerte, la esperanza de la vida eterna, de que nuestro ser, hecho de cuerpo y alma, está destinado por Dios a la gloria de su Reino.

Esta fe cambia nuestras mentes y corazones, nos permite juzgar sobre las situaciones y mirar al prójimo con un criterio nuevo, sabedores de que su existencia, querida por Dios, es un bien; que el Señor nos manda que lo amemos, como Él lo ama, como nos ama a cada uno de nosotros.

Afirmar este amor por nuestra persona, la esperanza de la resurrección, caracteriza toda la experiencia del cristiano; y es decisivo cuando nos encontramos en situación de enfermedad, cuando la posibilidad de la muerte es percibida más cercana.



La fe está llamada a responder entonces a una gran prueba, la de poder seguir afirmando de corazón, aunque sea con fuerzas mínimas, que nuestra persona sigue siendo querida, que el Señor no nos va a abandonar, que nuestro destino es la vida en la Patria y el hogar verdadero. Ante la oscuridad y el desafío de la muerte que nos amenaza, y que no podemos derrotar solos, la fe nos ayuda decisivamente: Dios es un Dios de vida, Él es más grande que la muerte; hecho hombre, ha resucitado, llevando a la gloria su cuerpo tan martirizado en este mundo.

La enfermedad, sobre todo, cuando es seria, es para cada uno un trabajo muy grande; la impotencia que se experimenta es un reto muy difícil, sólo superable por la certeza de la presencia y la compañía buena del Señor Jesús. Él entiende nuestro sufrimiento, porque lo ha experimentado hasta el final, y nos llevará adelante, por caminos que Él ha recorrido ya y que nosotros no conocemos aún, pero que conducen a la luz de la vida.

Contra la tentación, tan verosímil, de creer que un enfermo ya no importa, como parecen insinuar incluso nuestras leyes, que tienden a ofrecernos la muerte como solución, el Señor Jesús, al que oímos con fe, sigue diciéndonos: yo he muerto por ti, te quiero a mi lado, no tengas miedo; tu vida sigue estando llena de significado.

Yo sé cuánto cuesta el tiempo del sufrimiento y sé también que vale mucho, que ponerse en manos de Dios es un gesto absolutamente precioso a los ojos del Padre eterno.

Ninguno podríamos medir el valor de lo que viven los enfermos, los bienes que nos consiguen con su confianza en Dios, con su oración sencilla. No sabemos lo que les debemos, cada uno y el mundo entero.

Ayudémoslos con el testimonio de nuestra cercanía, con los cuidados y el cariño, con respeto verdadero, que las circunstancias no hagan disminuir, como nos enseña el buen samaritano. Nuestra caridad será entonces fuente de esperanza, reforzará la certeza de su fe: Dios existe, tú eres querido.

Siempre necesitaremos volver a escuchar las palabras: no temas, Dios es un Dios de vida, y es más grande que todo; tú eres único, lleno de valor a sus ojos, no dejarás nunca de serlo.

En todo ello, los fieles, los sanos y los enfermos, confiamos en el Señor. Él es el fundamento y el cimiento, cuando todo lo demás resulta frágil y se tambalea. Él sostiene nuestra vida, nos acompaña con comprensión y misericordia, nos permite amar siempre. En el Evangelio nos asegura: yo sigo viviendo y vosotros viviréis.

Hoy es la Pascua del enfermo. El Señor ha resucitado. Él nos da la paz, porque es grande y poderoso, porque es sabio y comprensivo, porque no desprecia al corazón quebrantado y humillado, Aquel que nos ama, que se ha entregado por nosotros, que vive para siempre y nos cuida todos los días como Buen Pastor, Jesús, nuestro Salvador.

A Él, por intercesión de la Santísima Virgen María, Salud de los enfermos, encomendamos hoy a todos los que sufren y especialmente a nuestros enfermos, a quienes los acompañan, a los que los cuidan, en las casas y los hospitales, a nuestras familias. Que Ella, Madre verdadera, vuelva siempre a nosotros sus ojos grandes y misericordiosos, para que todos seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo en la vida verdadera. Amén.

+ Alfonso,  
Obispo de Lugo